

la redecoración del viejo Alcázar madrileño, de la que se ocupó Velázquez. Su viaje a Italia durante los años de 1649-51 suministró muchas de las esculturas que pasaron a formar parte del patrimonio real, entre las que se contaron obras de autores contemporáneos y esculturas de la Antigüedad clásica, originales o copias vaciadas en bronce. Otra vía de llegada de obras italianas, antiguas o modernas, a las colecciones reales, ya en uso desde época de Felipe II, fueron los regalos enviados por príncipes, cardenales, o el mismo Papa a los soberanos españoles. Entre ellas figuraron estatuas plenas de significado político, como fueron las series de bustos de emperadores romanos, cuya presencia en palacio reforzaba la gloria de la monarquía hispana, o las esculturas ecuestres de Felipe III y Felipe IV. Estos frecuentes contactos con Italia permitieron que se incorporaran al patrimonio real obras de extraordinaria calidad, salidas de las manos de Juan de Bolonia, Cellini, Bernini, Algardi o Tacca.

Al examinar la escultura cortesana, Martín González incluye también la que se encontraba en las capillas palaciegas y en los jardines de los Sitios Reales. En estos últimos se localizaron algunas de las más felices expresiones del arte escultórico.

Otro de los temas abordados por el autor es el de los escultores que trabajaron al servicio del rey, de los que se proporcionan abundantes datos nuevos sobre su *status*, personalidad y forma de acceso al cargo.

A lo largo de las páginas de este libro se citan innumerables esculturas, que son además identificadas y enjuiciadas en su valor artístico. La existencia de algunas de ellas sale a la luz ahora por vez primera. Una de las cuestiones más interesantes que se han abordado es el examen de la función que cumplieron estas obras y el significado simbólico que tuvieron en el contexto palaciego en el que estuvieron colocadas. No se ha dejado de lado tampoco el valor material con el que fueron tasadas, que se adecuaba al material en el que estuvieron realizadas, de naturaleza noble en su mayoría (bronce, mármol, marfil), como correspondía a sus propietarios, aunque también se registran esculturas en yeso, terracota y madera policromada. Por otra parte, el predominio de géneros como el retrato y la Mitología vienen a destruir el tópico de la exclusividad de la temática religiosa en la escultura española, al menos en lo que al ámbito áulico se refiere.

Martín González deja claramente demostrado con este libro que, sin la aportación de la Escultura, no habría podido llevarse a cabo el programa propagandístico del poder de la monarquía española que presidió la decoración palaciega, sobre todo en época de Felipe IV, tanto en lo que se refiere al contenido como a su distribución. Pese a la abundancia y calidad de las obras dadas a conocer por el autor, éste no se ha dejado deslumbrar. Acertadamente, ha sabido ponderar los datos en sus justos términos, pues si a menudo la Escultura vino a ser un complemento de la Pintura, también es cierto que hubo ocasiones en las que aquélla brilló con plena coherencia y autonomía.—MARIA JOSE REDONDO CANTERA.

M. I. Vicente MAROTO, M. Esteban PIÑEIRO: *Aspectos de la ciencia aplicada en la España del Siglo de Oro*. Estudios de Historia de la Ciencia y de la Técnica, n.º 5, Consejería de Cultura de la Junta de Castilla y León. Salamanca, 1991.

Los autores de este libro sobre la ciencia aplicada a la cosmografía, la arquitectura y la ingeniería en el Siglo de Oro, aparte de su profesión científica, tienen una formación humanística y paleográfica, algo que es indispensable si se quiere investigar seriamente en una época como los siglos XVI y XVII. El resultado es que, junto a una amena exposición histórica, añaden el rigor de los documentos transcritos en su integridad en los apéndices docu-

mentales. De esta forma, además de satisfacer la curiosidad de los lectores en general, prestan un gran servicio al historiador profesional.

La primera parte del libro se dedica a las instituciones científicas españolas. Reconocida la necesidad del conocimiento de las ciencias básicas, principalmente de las matemáticas, Felipe II intentó la creación de bibliotecas y gabinetes científicos en algunos lugares sede de la corte, como Valladolid, así como Escuelas de matemáticas en algunas ciudades españolas. Los autores nos relatan los logros y los fracasos de estos primeros intentos.

Uno de los mayores enigmas de la historia de la ciencia española fue la llamada «Academia de Matemáticas» creada por el arquitecto Juan de Herrera por idea de Felipe II. De una forma perfectamente documentada, los autores desmontan los tópicos acumulados secularmente por los historiadores, para trazar una completa historia de esta «academia», cuya naturaleza fue realmente una cátedra de matemáticas y cosmografía ligada al Consejo de Indias, con la misión de formar personas expertas en las necesidades náuticas de la corona española. Se traza aquí la semblanza científica y biográfica de los sucesivos profesores de esta cátedra, algunos de ellos revelados por primera vez como unos grandes científicos, muy al corriente y en vanguardia incluso de los saberes de su época.

La segunda parte está dedicada fundamentalmente a instrumentos de medida y topográficos. Partiendo de los libros impresos por los tratadistas españoles sobre instrumentos, y sobre todo, añadiendo los manuscritos, muchos de ellos no analizados hasta ahora, los autores hacen una descripción de los mismos. Se estudian así los astrolabios, cuadrantes geométricos, báculos mensorios, trinormos, niveles, etc., desde la visión de los escritores españoles, tanto en su fundamento científico como en sus aplicaciones. Se distingue así la diferencia entre los libros y manuscritos destinados a geómetras de aquellos destinados a artilleros, ingenieros o agrimensores que desconocían las matemáticas. La conclusión es el esfuerzo didáctico de los científicos españoles que tradujeron del latín y pusieron en lenguaje vulgar, libros de texto al alcance de los profesionales prácticos.

Otra conclusión interesante es la del papel jugado por los hombres de ciencia y los arquitectos e ingenieros en la invención de sus propios instrumentos. Por ejemplo, se analiza el caso del arquitecto Juan de Herrera y su aparato de nivelación que le permitía resolver casos difíciles como el trazado correcto de los abastecimientos de agua a Valladolid o denunciar los errores de los instrumentos traídos por los italianos.

En definitiva, una interesante publicación bien editada y profusamente ilustrada con bellos grabados de instrumentos y operaciones de medida que añaden atractivo a un texto denso y de obligada consulta para aquellos que deseen conocer unos hechos fundamentales y prácticamente desconocidos en la historia española.—NICOLAS GARCIA TAPIA.

Fernando LLAMAZARES RODRIGUEZ: *Los Pasos de la Semana Santa de León*. Junta Mayor de la Semana Santa de León. Madrid, 1992, 112 páginas, 17 × 24 cms., numerosas fotografías en color.

Uno de los aspectos más sugestivos de la escultura española corresponde a las imágenes de la Pasión que eran sacadas en procesión durante la Semana Santa, fenómeno del que eran motor vital las Cofradías. Recientemente ha experimentado un impulso la consolidación o desarrollo de Cofradías e incluso la formación de algunas nuevas.

Este auge determinó la celebración del Primer Congreso Nacional de Cofradías de Semana Santa, en Zamora, a principios del año 1987. La segunda convocatoria ha reunido en la ciudad de León, en febrero de 1992, a un numeroso grupo de interesados en el tema, des-